

*Y si el sueño finge muros en la llanura del tiempo,
el tiempo le hace creer que nace en aquel momento.
¡Ay, cómo canta la noche, cómo canta!
¡Qué témpanos de hielo azul levanta!*

(Así que pasen cinco años, 1933. Federico García Lorca)

Que estos versos de Federico García Lorca den comienzo a este texto, no es casualidad. El motivo no se fundamenta en que José Monge Cruz, más conocido como Camarón de la Isla (el que diera un alcance mayor a estos versos) y Silvia Lermo compartan lugar de nacimiento (San Fernando, Cádiz). En el poema La Leyenda del Tiempo, el poeta granadino plasma (con gran maestría) el dilema o relación que se da en el binomio tiempo-sueño.

En este binomio, además de estos dos grandes términos, influye una serie de innumerables aspectos relativos y variables mediante los cuales se construye (alejándonos de una terminología psico-científica) el recuerdo. El recuerdo entendido como un reflejo, algo velado y nebuloso, del pasado, proyectado sobre el lienzo aparentemente rígido del presente. El recuerdo entendido como vehículo para transfigurar en presente lo ausente. Y es esta idea, que gira en torno al recuerdo, la que subyace de forma latente en el trasfondo narrativo de Escenarios Afectivos, de Silvia Lermo.

Pero, ¿qué sería del recuerdo sin el sueño? En el trabajo de Lermo el recuerdo no es una simple fotografía del pasado (esto sería algo demasiado simple y evidente, superficial e inocuo). Silvia Lermo trata el recuerdo como una mirada dicotómica. En un primer término la mirada de aquella niña a la que las salinas donde trabajaba su abuelo se le antojaban montañas nevadas, montañas que deseaba escalar para después deslizarse hacia abajo. Aquella misma mirada con la que observaba el corral del Mete pata (hermano mayor de Camarón), con sus ponis, gallinas, cabras... Con la misma que admiraba con idolatría a su padre (quien le inculcó el gusto por las artes) y a su abuelo (con el que pasaba ratos divertidos en las salinas). Con ambos mantuvo una relación especial y a ambos vio irse, en una primera persona del pretérito más imperfecto y trágico. A su abuelo, con apenas cinco años, quebrantando la calma de una alborozada infancia, con una última mirada que jamás olvidará. A su padre, que recién alcanzada la mayoría de edad y una vez pasada la voluble adolescencia, en una soledad fortuita pero no por ello menos dramática, vio irse mientras se aferraba, desoxigenado, a su mano.

En un segundo término encontramos la mirada presente de Silvia Lermo sobre sí misma y sobre todos aquellos momentos vividos. Aquí entra en juego un proceso, tan introspectivo como retrospectivo, donde la primera persona pretérita pasa a ser una tercera persona. Es en esta mirada donde el recuerdo transfigura la realidad tal y como se describió en el primer término del que ya hemos hablado. Y es en esta mirada donde lo onírico, lo imaginado o lo fantaseado colman los huecos que deja el olvido. En ocasiones incluso rebosando y mezclándose con el recuerdo que hasta el momento se mantenía intacto.

Tampoco podemos olvidar el papel trascendental que tiene en todo este constructo lo sentimental. La felicidad de una infancia despreocupada y jaranera, que agarra con fuerza esos momentos más memorables y los guía en el trascurso de los años, haciéndolos presentes en momentos futuros y perfilando una sonrisa en el rostro adulto de Silvia Lermo. O aquellos momentos vividos desde el horror y la

consternación que persisten y reaparecen al cabo de los años, volviendo a manifestarse desde la amargura y la nostalgia. Lo sentimental supone, por una parte, la argamasa que, de forma selectiva, fija los hechos en el tiempo, convirtiéndolos en recuerdos. Por otra parte, lo sentimental, lo afectivo, se impone como elemento que aporta coherencia y cohesión en los huecos vaciados por el olvido, conectando los recuerdos y dando lugar a un hilo dialéctico congruente que nos aleja de una incertidumbre sobre nuestro propio ser. Y aquí llegamos a la importancia capital del recuerdo, de la memoria: no entenderíamos nuestro presente si no entiéramos nuestro pasado. En contraposición y para entender mejor esto podríamos poner el ejemplo del Alzheimer. Sin recuerdos, sin memoria, el ser humano deja de serlo.

Luego, para entender Escenarios Afectivos hay que comprender que es el modo con el que Silvia Lermo intenta concebir su propio ser mediante la representación de su pasado e, inevitablemente, de sus sueños. En esta serie de trabajos, Lermo (como en gran parte de su trabajo) representa figuras masculinas que hacen alusión a los dos hombres más relevantes en su vida: su padre y su abuelo.

Representaciones que no buscan un reflejo exacto de la realidad sino una encarnación emocional. Elementos figurativos que ejercen como significantes afectivos, aludiendo a recuerdos específicos y componiendo estas escenas donde se aúnan la memoria y los sueños de la artista. Inevitable es también la presencia de un simbolismo sutil, casi inapreciable. Y es que el simbolismo está rodeado de esa atmósfera difusa al igual que los recuerdos o que los sueños. Cordilleras nevadas, un caballo muerto, agua negra, tintes rosados en unas salinas donde la vida se vuelve imposible, una mano aferrada a la muñeca de otra mano, un fuego aciago... Elementos originados de lo disparatado (incluso de lo bizarro) del imaginario onírico de Silvia Lermo.

Y por último, no podemos olvidar que todas estas escenas están llevadas a cabo en acuarela. Es la técnica predominante en la obra de Lermo, ya que le permite, mediante la superposición de veladuras, conseguir una textura propia de un ambiente nebuloso, que no representa de forma fidedigna la realidad. Y así es como se ha construido Escenarios Afectivos, una exposición donde Silvia Lermo sigue afirmándose en un estilo propio, madurándolo y madurando ella junto a él.

Guillermo Amaya Brenes
Crítico de arte